

De obispo de mira a Papá Noel: San Nicolás de Bari.
VENEZIANI Sabrina, VENEZIANI Nicola

La devoción nicolasiana, además de abarcar un periodo de tiempo que va desde el siglo IV hasta nuestros días, cubre una vasta área de difusión de oriente a occidente, y atrae aún hoy, con ocasión de la festividad de primavera, a miles de fieles hacia el santuario de Bari, procedentes de regiones vecinas: Molise, Abruzzo, Campania etc, y lugares lejanos: Rusia, Turquía. Epígonos de los caballeros cruzados, de mercaderes y viandantes medievales, con los medios más improbables, a veces a pie, llegan a la capital apuliense. Y cuando, en la Basílica del Santo, se asiste a la llegada de las compañías de peregrinos, en los rostros ansiosos es posible advertir los signos del cansancio del vivir cotidiano, suavizados por la alegría, la fe y un sentimiento de piedad.

Simplicidad, concreción y espontaneidad se imponen, como sentido de libertad y abandono a lo sagrado, a formar el pueblo de Dios, que llega en esta fiesta a venerar a San Nicolás de Bari.

La fe en el santo crea una relación personal y colectiva de un intercambio de dones; el santo mismo asume las funciones de mediador entre el grupo y Dios. En la relación con el santo, el hombre se aferra a sus raíces y con ellas redescubre seguridades y certezas; renueva el vínculo con el grupo, ahora ya disminuido y abierto. Durante fiestas patronales o festividades religiosas, en ciudades extendidas y alienantes, se celebran ritos colectivos que explican la función de calmante de las tensiones y de agregativos de la comunidad. Los santuarios se proponen como lugar privilegiado, en el que la religiosidad popular y la oficialidad de las instituciones eclesiásticas encuentran la natural cohabitación: “clínicas del espíritu”, según la graciosa definición de Pablo VI. En la devoción se renueva “el pueblo de lo sagrado”: ya no iletrado, agreste, primitivo, sino el del dolor y de la búsqueda de protección. En los ritos colectivos él exorciza miedos ancestrales; se refuerza en el seno protector del santo Patrón, numen tutelar del individuo, pueblo, ciudad.

El Obispo de Mira es el santo llegado del mar; viviente sobre el mar; protector de los marineros; cuyo culto se ha difundido en el mundo por medio del mar. Así se expresa Armando Perotti: “Audaces navegadores raptaron sus despojos; marineros las custodiaron con sus armas, hasta que las hubieron depositado en la tumba, en la ciudad del mar y en el mar, en un pozo que sentía la alternancia de las mareas, y de aquellas aguas destila todavía hoy la linfa incorruptible que aplaca a los océanos y vivifica el corazón y la salud de los hombres.

Casi cano, sano y firme. Estatura media y espaldas cuadradas. Tórax y cuello poderosos. Barba espesa rizada descompuesta por el viento. Cabellera que se aclara sobre la frente alta.

Sobre los labios la sonrisa que se transforma en la orden. Ojos agudos, dulces, imperiosos. Mano que se levanta con el gesto de bendición: en la otra el pastoral empuñado como un tridente”.¹

¿Cómo no reconocer en esta descripción al nuevo Poseidón? Y es esta la efigie querida para los de Bari; en su historia y en su personaje pueden identificarse el dominador de las aguas, el patrón de las gentes marineras, el tutor de quien pesca y comercia en el mar, señor de las tempestades y de los vientos. Al mar debe el Santo di Mira la difusión de su culto en el mundo: en occidente y en oriente.

Si bien hay que considerar legendaria la tradición holandesa que lo sitúa retratado en el mascarón de proa de la primera nave de orangistas llegada al puerto de Nueva York, no se considera del todo improbable que algunos marineros de Cristóbal Colón hayan llevado su imagen al Caribe, si en Haití una planta medicinal, la Millabiflora, es llamada Flor de San Nicolas.²

En el Mediterráneo, son numerosas las ciudades que sostienen poseer despojos del Santo: Anatolia en Turquía, León en España, Venecia y Génova. Es seguro que la ciudad de San Nicholas de Port, en Nancy en Francia, conserva, en su Basílica gótica, parte de un hueso y un dedo. En 1087, entre la multitud del puerto de Bari, a la llegada y en el desembarco de los huesos del santo, un tal Aubert de Varangeville, peregrino francés (quizás normando) de regreso de Tierra Santa, presente a bordo de las naves del traslado, “trasladó” a su vez, óptimo alumno de escuela de Bari, el dedo de San Nicolás hacia el Port, decretando las fortunas civiles y religiosas de su ciudad.³

En el momento en que se dirige la atención a los topónimos de lugares marineros en el mundo, es imposible no advertir que culto y folclore nicolasiano han alcanzado las más diversas latitudes. Según lo referido por Vito Melchiorre, en la lejana y poco populosa isla de Man, los pescadores se servían, en su actividad marinera, de una particular barca llamada San Nicolás, luego convertida más concisa y amistosamente en Nickey. Intrigante es la vivencia de Nicolás-pep, presente con ligeras variantes en toda la cuenca del Mediterráneo.⁴ Personaje excepcional, legendario, capaz de sobrevivir durante meses y años bajo la superficie del mar, como un nuevo Simbad, es autor de vivencias extraordinarias.

El domingo de Resurrección, en primavera, en el mundo cristiano se celebra regalando huevos: en un tiempo auténticos huevos de gallina; seguidamente, de porcelana, esmalte, cristal, hoy de chocolate. En la Rusia ortodoxa su significado sacro se mantiene inmutado. La mañana de Pascua las familias llevan a la iglesia su cestito de huevos, sobre cuyas cáscaras se escriben deseos y efigies y, entre ellas la del Obispo de Mira, reluciente de oro y colores, según los cánones de la escenografía ortodoxa.

La Pascua, fiesta de la recreación cósmica, fijaba en el signo del ariete, en la antigüedad, el inicio de un nuevo año astrológico, coincidente a menudo con el año legal. Babilonios, Persas y Chinos había identificado en el huevo el símbolo del renacimiento y del nuevo año, y la iglesia ortodoxa había luego confirmado su valor de principio de vida. ¿Y la festividad de Mayo de San Nicolás no es, quizás, también un homenaje al despertar de la naturaleza y a los nuevamente despiertos calores?

Interesante es lo que sucedía en Zurich, donde, con ocasión de la Navidad, se vendía el árbol de San Nicolás. En un colorido dibujo de 1748, se representa un vendedor de pequeños abetos, mientras lanza su grito: “Árboles, árboles de San Nicolás”. En la representación hay puesta sobre cada arbolito una escalera, recuerdo del conocido episodio de la vida del Santo de Mira, que lanzó por la ventana a tres niñas un saquito de monedas, como dote matrimonial. La religiosidad protestante desplazó después la tradición del árbol, de origen agreste centroeuropeo, desde la festividad de San Nicolás a la del 25 de Diciembre, permaneciendo incluso inmutada en esa ocasión, la costumbre de regalar dones a los niños

Nueva juventud, en el nombre y en la iconografía, nuestro Santo ha revivido en su viaje hacia la Américas. La catedral de los Viquingos en Groenlandia está consagrada a San Nicolás. Cristóbal Colón en su primer viaje dedicó al santo de Mira su llegada a Haití. Los españoles llamaron “vado de San Nicolás” a la actual Jacksonville. Tras la revolución americana, cuando los ingleses abandonaron Nueva York, el hugonote de origen valón Pintard propuso, con espíritu patriótico, a San Nicolás como patrón de la ciudad: referencia evidente a la cultura religiosa de los Países Bajos.⁵

Pero es a Irving, con su Knickerbocker History, a quien se debe el nacimiento de Santa Klaus, dicción de claro origen germánico. La iconografía, más tarde convertida en tradicional, fue definida y apareció en 1862 en Harper's Weekly, por el diseñador Nast, que representó a nuestro Santo en la piel de un pacífico y rubicundo viejecito, de amplio jubón rojo, botas y abrigo de piel, con espesa barba blanca, puesto en un trineo arrastrado por renos.⁶ Esa imagen fue después la que, en la segunda posguerra, tras las tropas americanas, llegó a Italia a celebrar la Navidad.

Las palabras de la citada revista: “¡Viva el querido San Nicolás! Él ha hecho pronto amigos. No hay de que sorprenderse; ¿no es él el santo de los chicos y de la chicas, el amigo de los jóvenes?”⁷, ¿no son el reconocimiento de la nueva juventud del viejo pero imperecedero San Nicolás?

Como escribe Anna Maria Tripputi: “es por esto por lo que la religión popular es vista no tanto como alternativa, más bien como producto histórico complejo y dinámico entre lo que es propuesto por la estructura religiosa oficial y lo que representa las exigencias del pueblo”.⁸

Bibliografía

AA.VV., *I santi di casa nostra*, ed. Regione Puglia, s.d.

Jones C.W., *San Nicola, biografia di una leggenda*, Laterza, Bari, 1983.

Lavermicocca N., *Bari e San Nicola*, Adda, Bari, 2000.

Melchiorre V., *Bari e San Nicola*, Edipuglia, Bari, 1986.

Perotti A., *Bari dei nostri nonni*, Adriatica, Bari, 1975.

Tripputi A.M., *I luoghi del sacro*, Schena, Bari, 2000.

¹ Perotti A., *Bari dei nostri nonni*, Adriatica, Bari, 1975.

² AA.VV., *I santi di casa nostra*, ed. Regione Puglia, s.d.

³ Lavermicocca N., *Bari e San Nicola*, Adda, Bari, 2000.

⁴ Melchiorre V., *Bari e San Nicola*, Edipuglia, Bari, 1986.

⁵ Jones C.W., *San Nicola, biografia di una leggenda*, Laterza, Bari, 1983.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*

⁸ Tripputi A.M., *I luoghi del sacro*, Schena, Bari, 2000.